

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España — Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho días.

LA VIDA DEL PROGRESISTA.



Nace.



Adquiere virtudes cívicas.



Se desarrolla.



Se ilustra.



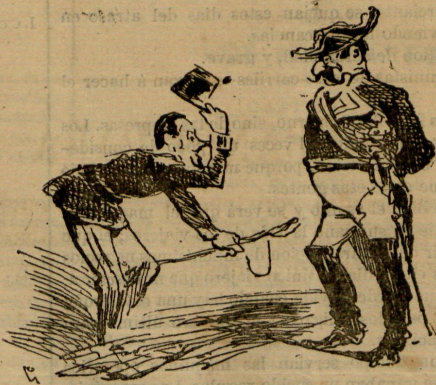
Es exaltado, y habla mal de los curas.—1841.



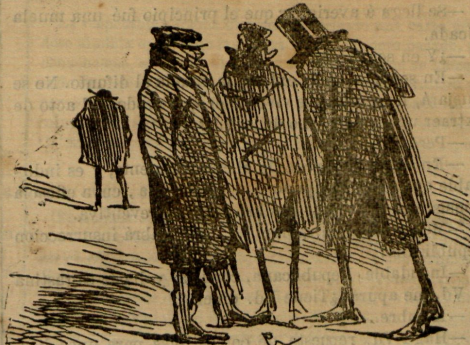
Da pruebas de sensatez.—1850.



Se sacrifica por la causa de la libertad!—1851.



1853.—Cúmplase la voluntad nacional.



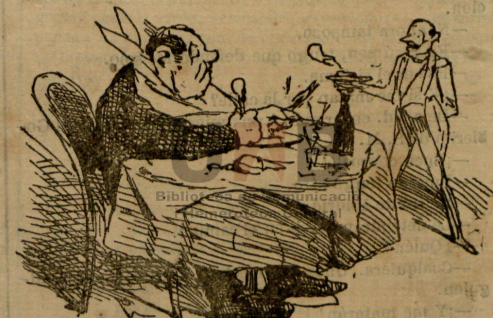
Conspira.—1864-1866.



1868-1869.—Ejército.



1868-1871.—Come.



1872.—Vuelta á comer.

ADVERTENCIA.

Se advierte á todos, *absolutamente á todos* los correpondales de EL GARBANZO, hagan sus pagos de Noviembre desde hoy al día 6 de Diciembre próximo; pues de lo contrario no recibirá ninguno, *absolutamente ninguno* de los morosos el primer número del mes entrante. Los retrasos entorpecen la buena marcha de una administración bien montada, y este es nuestro único aviso. Lo mismo decimos con respecto á los *Almanques*.

CRONICA.

—Ante todo, ¿qué hay de orden público?
—Que no le hay.
—Cuénteme Vd.
—La mitad de Andalucía sublevada. En Cataluña dominan por completo los carlistas. En Madrid se rebelan los mozos, rompen, atropellan, hay tiros... hay de todo menos gobernador.
—¿Tendremos jarana?
—Indudablemente.
—¿Cuándo?
—De un momento á otro.
—¿En dónde?
—En Madrid, en Andalucía, en Aragón, en todas partes.
—¿El Gobierno ignorará eso?
—El Gobierno lo sabe todo, pero no puede evitarlo.
—¿Cómo?
—Cada uno tiene su sistema.
—Pero ese sistema me parece fatal.
—Pues no tenemos otro. Ahí tiene Vd. á Ruiz Zorrilla declarando que él no evita las cosas sino después de haber sucedido.
—Es decir, que cuando á uno le duele una muela...
—Debe dejarla que duela, porque está en su derecho.
—¿Y si aprieta el dolor?
—Dejarle.
—¿Y si se hace un flemon?
—Nada.
—¿Y si resulta la gangrena?
—Nada.
—¿Y si el paciente se muere?
—Entonces ha llegado el momento de resolver. Se interroga al cadáver, para que declare cómo se decidió á morir.
—No responderá.
—Se averigua por medio de la familia el origen de la desgracia.
—¿Y bien?..
—Se llega á averiguar que el principio fué una muela picada.
—¿Y en seguida?..
—En seguida se le extrae la muela al difunto. No se quejará, no sentirá ese vivo dolor que produce el acto de extraer una muela. ¿Lo duda Vd.?
—Pero...
—En seguida se procede al enterramiento, y es indudable que se ha cumplido con el sistema, cuya eficacia consiste en no tomar medida alguna preventiva.
—Me parece bien. ¿Cree Vd. que habrá insurrección republicana?
—Indudable. Republicana, carlista, y hasta sagastina si Vd. me apura. ¿Tiene Vd. dinero?
—Hombre...
—Haga Vd. repuesto de comestibles para unos días.
—Cuando se arme la gorda se encierra Vd. en su casa...
—¿Y si tengo la desgracia de que me la allanen?
—¡Allanar! ¿No sabe Vd. que la Constitución lo prohíbe?
—Pero es que en un día de desorden no hay Constitución.
—Ni ahora tampoco.
—En resumen, tengo que defenderme solo.
—Ese es el sistema.
—¿Y si me matan por la calle?
—Deja Vd. encargado á un amigo que reclame al Gobierno de S. M.
—¡Buen consuelo!
—Pues no tengo otro.
—Me iré de Madrid.
—Le detendrán á Vd. en el camino.
—¿Quién?
—Cualquiera. Unos insurrectos, unos carlistas... al guien.
—¡Y me matarán!
—Usarán de un derecho.

—Pues ¿qué hago? ¡Dios mío!
—Haga Vd. política.
—¡Política!
—Sí señor; hágase Vd. hombre público; métase usted en juego; hable Vd. mucho; pida un destino; tómelo, y estará Vd. del otro lado. Aplicará Vd. el sistema en lugar de sufrir la aplicación, y puede ser que llegue Vd. á general.
—Soy paisano.
—No importa.
—Pero es que yo detesto la política; soy trabajador; vivo de mi trabajo; ansío la paz para poder trabajar, y no veo manera de salvarme de tantos conflictos. ¡Ah!... ¡si yo fuera Rey!
—Estaría Vd. malo.
—¡Si fuera ministro!
—Estaría Vd. peor.
—Me vuelve Vd. loco; dígame Vd. de una vez!..
—Le diré á Vd. de una vez lo que le conviene á Vd., y á mí y á todos. Pertrechémonos, aislémonos, esperemos. La tormenta arrecia; el huracán comienza á desatarse; estamos abocados á una solución, no sé cuál; pero sea carlista ó republicana, conservadora ó demoleadora, ello es que el país, parecido á un agonizante á las doce de una noche, espera la madrugada, porque, ó se salva, ó desaparece.

LA QUINTA.—LOS MAQUINISTAS.—JUSTICIA SECA.

La quinta ¿se ha hecho?
El Gobierno dice que sí. Los ayuntamientos dicen que no. Unos han depositado el dinero necesario para comprar los sustitutos; otros ni han depositado ni han hecho la quinta.
El alcalde de Linares no ha hecho mas que morir de muerte violenta.
En Madrid, desórden por la mañana y alarma por la tarde.
En Segovia...
¿Pero á qué me voy á cansar?
Las quintas, siempre que mandan estos sábios en teoría, se hacen á porrazos.
Los pueblos tienen razón.
Lo prometido es deuda.
Antes de la revolución no se prometía abolir la quinta, se mandaba hacer, y se hacía. Ya sabíamos á qué aternos.
Ahora se promete todos los años que se abolirá, y todos los años se hace.
El país se llama á engaño; y de la paralización de los negocios, de la ruptura de los puentes, de la interrupción de las líneas, y del desorden en que vivimos, no es el responsable el país, sino el Gobierno, que le excita constantemente á desesperarse.
Los comerciantes se quejan estos días del atraso en que se van viendo las mercancías.
Otra cuestión de actualidad, y grave.
Los maquinistas de ferro-carriles se niegan á hacer el servicio.

Esto no es falta del Gobierno, sino de las empresas. Los maquinistas han pedido mil veces un poco de consideración, que bien merecían, porque no conocemos trabajo más duro que el de esas gentes.

Estúdiense bien el asunto y se verá que el maquinista es quien tiene en su mano la vida de los viajeros; el que puede decidir de la paralización de muchos negocios importantes en un día; el único viajero que no descansa; el primero que pierde la vida cuando hay una catástrofe; el número 1 para los peligros y el número último para las consideraciones.

Hace algun tiempo servían las máquinas operarios franceses que ganaban un sueldo regular. Los maquinistas españoles sirven las líneas tan bien como los extranjeros y no han llegado nunca á obtener un sueldo como el que á los franceses se les daba. ¿Por qué? Esto es lo que ellos se preguntan.

No somos internacionalistas; no estamos por los trastornos ni por los alardes de fuerza, pero es preciso convenir en que la huelga de los maquinistas no es una amenaza injusta, sino una reclamación muy atendible.

Es, pues, indudable que en las empresas de ferro-carriles sucede lo mismo que en los centros oficiales. Economías en los sueldos de escalera abajo, y grandes sueldos para los altos empleados.

Siempre que nosotros viajamos, pensamos en esto, porque hay dos individuos para los cuales todo sueldo nos parece poco. El maquinista y el Guardia civil. El uno nos lleva, y en sus manos y en su vigilancia ponemos nuestra vida. El otro nos custodia el camino y atiende á la seguridad de nuestras personas; ninguno de los dos merece consideraciones, y entre tanto, se multiplican los suel-

dos de los altos empleados de ferro-carriles y se improvisan generales en el ministerio de la Guerra.

Ahora ha sucedido lo que no podía menos de suceder; los maquinistas se declaran en huelga, y el comercio y la industria lo pagan, sin tener culpa ninguna.

Si yo fuera maquinista haría el cálculo siguiente:

—El Gobierno, con asombro del país, subvenciona á las empresas de ferro-carriles en construcción, y al mismo tiempo las empresas me acortan la ración, á mí, que soy la primera persona en todo viaje.

—Pues quieto el carro.

DIÁLOGOS.

I.

—Yo he salido con la mia.
—Sí, Manuel pero faltaste, pues tú al subir exclamaste «¡No más quintas!»; ¡Tontería!
—Y las promesas...—¿Qué asedio!
—¡Ahora me sales con esas!
—No ves que son las promesas...

UN VENDEDOR. —«¡Pantallas!... ¡A real y medio!»

II.

—¿Vamos á Lardy?—Pues vamos.
—Comeremos.—Comeremos.
—¡Chico, gran vida tenemos!
—¡Buena vida disfrutamos!
—Vamos de la dicha en pos, y aunque digan otra cosa, ¡la humanidad es dichosa!...

UN POBRE. —«¡Una limosna por Dios!»

III.

—Adios, señor diputado.
—Por fin te he logrado ver.
—¿Qué tal tu discurso ayer?
—Muy mal, salí derrotado.
Yo aduje cien mil razones; pero ¡nada! en conclusion, hay diputados que son...

UN VENDEDOR. —«¡Melones buenos!... ¡Melones!»

IV.

—¿Qué fué ayer noche de ti?
—¿Añoche? Fuí de tertulia á casa de doña Julia.
—¿Te habrás divertido?—Sí.
Yo gozo con las visitas.
—¿Los papás?...—No tienen tachas.
—¿Y qué tal son las muchachas?

LA CASTAÑERA. —«¡Calentitas!... ¡Calentitas!»

V.

—Adios, Benito ¿qué tal?
—Bien ¿y tú? amigo Senén.
—Hombre, de salud voy bien; pero de cuartos muy mal. Si esto sigue así, concluye de mi comercio la venta. La contribución aumenta y el dinero disminuye.
—Es nuestra suerte asaz crítica; pero en viniendo los míos...
—Modera, chico, tus bríos; no tengas fe en la política. No te dejes engañar con promesas del poder, que una cosa es prometer y otra cosa realizar.
En la oposición son buenos; mas si es gobierno un partido... el que más ha prometido, es el que concede menos.
La política, Benito, es farsa y no nos conviene.
—Es verdad, ¡qué razón tiene...

UN CHICO. —«¡EL GARBANZO! ¡señorito!»

VITAL AZA.
Biblioteca de Comunicación
LAS HUELGAS.

Hasta en el oído suena bien la palabra. Es un nombre festivo, alegre, perezoso. Dá comenon de estirar los brazos y bostezar: en fin, es muy bonito.

Las huelgas, son los frutos de un árbol que viene reproduciéndose desde *ab initio*, con una fecundidad pasmosa, lo mismo en tierra de chinos, que en la Arabia Petrea.

Las distintas condiciones de la capa vegetal, los climas rigurosos ó templados, los aires, las aguas cualesquiera que sea su composicion, todo sirve admirablemente al objeto de que el árbol se arraigue y crezca, y se desarrolle y fructifique, allá á donde cae una débil semilla.

Sin embargo, para que sus ópimos frutos vivan y duren largo tiempo, existe un elemento indispensable á su vida, un elemento cuya abundancia ó escasez les sirve de termómetro: el pan.

Sin pan, no hay huelga; con poco pan, hay poca huelga; si el pan dura, dura la huelga; y cuando el pan acaba, acaba también la huelga.

Esta es una verdad axiomática por su evidencia, y además susceptible de demostracion.

Circunscribiéndonos á esta pobre raza latina (que se halla ahora *fermentando* como quien dice), y al tiempo que llamamos la Era Cristiana, entre las infinitas huelgas que registra la historia no verán Vds. más que una bien organizada y de larga duracion.

¡La huelga de los conventos! ¡Por qué? Porque tenían pan. Bien ó mal adquirido, hubo gobiernos que le echaron mano. Faltó el pan: comenzaron á desaparecer conventos...

Hacia el Norte de España hay uno que se denominó ingenuamente como debieron hacerlo todos. ¿No sabe Vd. el nombre del célebre y magnífico monasterio de Búrgos?—Pues se llama... ¡Las huelgas! ¿Lo quiere Vd. más claro?

Y su existencia actual entraña una nueva prueba de mi axioma.

¿Por qué, cuándo tantas huelgas conventuales han desaparecido á efectos de la inanición, viven y se conservan *Las huelgas de Búrgos*?—Sencillamente; porque les sobra el pan.

Y cuidado que yo no hago política; me entretengo en sentar verdades filosóficas, y en el caso concreto, de que ahora trato, me parece que el pan que se comen aquellas señoras es muy suyo.

Con las huelgas supradichas fueron desarrollándose á la par, las huelgas generales del trabajo, llamadas vulgarmente *días de fiesta*. Poco ó mucho todos comían, y con tan fausto motivo, las fiestas y medias fiestas, como quien dice medias corridas, fueron tantas, que el almanaque estuvo á punto de trasformarse en una huelga de trescientos sesenta y cinco días, con lo cual la cristiandad se hubiera convertido, sin duda alguna, en merienda de negros.

El hambre comenzó á cosquillar estómagos; principió la gente á lamentarse; las quejas fueron en *crescendo*, y por fin, la Santa Sede suprimió muchas huelgas festivas, dejando (sobre el día de natural descanso) cuatro al año, que maldito si hacían falta, á lo ménos que yo sepa.

Las huelgas han sido siempre el encanto de los niños y escolares, la tendencia de muchas mujeres, la necesidad de los hombres soñadores. Hoy son el arma que esgrime la política socialista y que se trata de utilizar como proclama del cuarto estado.

Antes no había «sábado sin sol, ni doncella sin amor»; ahora no dejan de amanecer y oscurecer sábados en sombra y topa usted fácilmente con vírgenes que no quieren ni á la camisa que llevan puesta; pero en cambio no hay semana sin huelga, ó huelgas... y váyase lo uno por lo otro.

Que yo recuerde, en poquísimo tiempo se han efectuado:

La de tipógrafos en Barcelona.

La de tejedores en Reus.

La de marineros y cargadores en Málaga.

La de cocheros en la Habana.

La de sirvientes en no sé dónde. Y yo me alegraría que de esas hubiera una en Madrid, para que estas señoras que hacen gala de no servir sino para el *estrado*, se viesen constreñidas, si querían comerse unos huevos fritos, á agarrar con su manita la sarten del mango y sufrir los chispazos del aceite. Confieso mi pecado; me alegraría.

La de peluqueros en la villa del oso. Con tal motivo me viene á la memoria que por los tiempos del romanticismo fueron los parroquianos los que se declararon en huelga. Todo el mundo se dejaba crecer los pelos, y el hambre apretó de tal modo á los rapa-barbas de París, que por ganarse el pan se dedicaron á confeccionar (no sé si con Lalande ó con Calais), ese monumento de la paciencia Aritmética y que se llama «Tablas de Logaritmos».

Hoy por hoy no estamos mal de huelgas; existen dos en planta y cinco ó seis en perspectiva.

Una es la de maquinistas, fogoneros y limpiadores: la otra... ya habrán Vds. oído los zambombazos: como que toda la Artillería ha entrado en fuego.

Si señor; también los artilleros se han declarado en huelga, y yo les alabo el gusto. ¡El día que nos declaremos los escribidores!

Aquellos quieren más pan... como bobos.

En cuanto á estos últimos, el asunto me parece una tontería. Se trata simplemente de unos cuantos asesinatos ejecutados en personas honradas, dignas é indefensas. ¡Ya ve Vd. que para los tiempos que corremos!

Los artilleros se empeñan en echarle los muertos al general Hidalgo.

Este, conforme con su apellido, asegura que no fué él quien les mató traidoramente.

Los artilleros añaden que si no los mató, dejó que los matasen.

Ignoro lo que á esto responderá el general; pero yo, en su lugar, diría: «Lo mismo hicieron todos los vecinos de Madrid.» ¿No le parece á Vd.?

Y me parece que basta de huelgas.

Si Vds. tienen, no obstante, la curiosidad de saber cuáles

prefiero de entre las que conozco, y les contestaré sin titubear, pero reservadamente, que las de Búrgos. ¡Por que he visto allí una morenita! ¡Válgame Dios que huelga!

P. XIMENEZ CRÓS.

IR Y VENIR.

Después de estar mucho tiempo el periclitado Baldrich combatiendo en Cataluña la rebelión baladí, le mandan los radicales que venga pronto á Madrid para premiar los servicios que haya prestado al país: dicen que el atortolado no cesa de repetir, parodiando á César: ¡Cielos! llegó, no vi ni vencí: y se pregunta á sí mismo con satisfacción pueril: si aquel que me sustituya no pone á la guerra fin, si me han de dar otro puesto ¿por qué me quitan de aquí? ¿á qué conducirá tanto ir y venir?

Fué Latorre á Puerto-Rico y, según dicen de allí, deportó á los españoles, tan solo por combatir, pocas veces con la pluma y muchas con el fusil, esa rebelión osada que amenaza destruir la paz que ha reinado siempre en aquel bello país: mas prometió armar en cambio al *indultado* adalid que mirarán á nuestra España con una intención hostil: hoy le relevan; si nunca hubiera ido por allí se ahorraran los españoles esos temores sin fin y se ahorrará él también tanto ir y venir.

Fué un general á Guipúzcoa y se encontró *vis á vis* con el cuerpo de artilleros en una actitud hostil; se cruzaron los telegramas, en número de *dos mil*, entre Madrid y Guipúzcoa y entre Guipúzcoa y Madrid; el ministro irresoluto no sabía qué decir, y el general amosado entró en el ferro-carril, pidiendo el mismo permiso al ministerio que á mí: hoy todos pasan y cruzan entre la *plebe incivil* que pregunta con sonrisa maliciosa: ¿Qué hay aquí? ¿A qué conducirá tanto ir y venir?

EUSEBIO SIERRA.

LOS MAGYARES.

CAPÍTULO IV.

(Continuación.)

Al día siguiente de aquel en que Cándido había visto por vez primera á Carolina, se levantó temprano, y sin saber todavía que era aquella vecina suya, empezó distraído á mirar á través de los cristales, todavía empañados por el hielo.

Figúrese el lector cuál sería su sorpresa de ver en el balcón de enfrente la coquetona cabeza de la actriz cómica.

Quedósele esta mirando. Cándido se ruborizó y estuvo á punto de retirarse; pero una fuerza irresistible le retuvo junto á los cristales.

Faltaba uno de estos en las puertas vidrieras de su balcón, y Cándido, para suplirlo, había pegado con obleas un papel blanco.

Cuando más entusiasmado se hallaba mirando á la vecina, entró D. Dimas en la habitación, y Cándido se separó del balcón bruscamente.

—¿Qué mirabas? le preguntó su tío.

—Nada.

A D. Dimas le llamó la atención el arrebatado color de la cara de su sobrino, y se salió del cuarto murmurando:

—Me parece que este joven tiene algo.

Salir su tío y precipitarse Cándido al balcón, fué todo uno; pero con tino tal, que metió la cabeza por el hueco del cristal roto, haciendo pedazos el papel que hacía sus veces.

Carolina, que todavía estaba enfrente, se echó á reír de un modo tan ruidoso, que á pesar de la distancia, llegó á los oídos de Cándido.

Retiróse este abochornado, maldiciendo la infeliz casualidad que le hacía aparecer de un modo tan extraño á los ojos de Carolina, y en el más oscuro rincón de su cuarto se puso á meditar hablando solo.

—¿Se ha reído de mí! exclamaba. Soy un pedazo de atúm. ¿A quién se le ocurre meter la cabeza por allí? Ahora se reirá cada vez que me vea.—No importa, añadia, aunque se burle de mí, yo he de mirarla y la haré el amor.... ¡Es preciosita!...

¡Qué bonita es! ¡Qué naricillas tan remangaditas y tan monas!... Esa mujer me volverá loco... ¿Cómo la diré que la quiero? La escribiré... sí, y tiraré la carta á su balcon.... sí... y me contestará.... sí, de seguro me contestará. Estas mujeres de teatro he oído decir que son fáciles de conquistar. Mejor que mejor, estoy deseando conquistar á alguna.... Ya es tiempo de que yo tenga una aventura.... He cumplido veinte años y todavía no he dicho á una mujer *te quiero*.... Se lo diré á esa.... Voy á escribirla. ¿Qué la diré?

Y esto pensando, se dispuso á redactar su declaración amorosa.

Apenas acababa de escribir la sacramental palabra *señorita*, cuando se abrió lentamente la puerta de la habitación, y penetró en ella con todo el sigilo posible Casiana, que apagando el ruido de sus pasos, se acercó sin ser vista á su primo, que no salía de la primera palabra de la carta, y se mordía las uñas para inspirarse.

—¿Cómo la diré que la quiero? exclamaba el novel amante Casiana se quedó como quien ve visiones, porque simultáneamente oyó la pregunta de su primo hecha á sí mismo, y vió la palabra *Señorita* que campeaba sobre el papel.

Aunque como ya hemos dicho, Casiana no cortaba un pelo en el aire, ni había inventado la pólvora ni probablemente inventaría nada en su vida, no era tan torpe que en vista de lo que había ante sus ojos, no comprendiera que su primo estaba probando escribir una declaración de amor.

Pocos días antes había estrenado Cándido la ya mencionada corbata color de guinda, con rayas amarillas, y como dijimos á su debido tiempo, la tal corbata fué origen de la pasión que Casiana, aunque sin darse apenas cuenta de ello, sentía hacia su primo.

Así fué, que al ver lo que este había escrito, que claramente indicaba la continuación, y al descubrir por consecuencia, que Cándido amaba á otra, Casiana empezó á hacer pucheros como un chiquillo, y soltando todos los registros al llanto, se dió á llorar de una manera tan estrepitosa que su primo se volvió asustado.

—¿Qué es eso? preguntó guardando vivamente la empezada carta, ¿qué te sucede? ¿Qué haces aquí?

Casiana siguió llorando con más fuerza.

¡Y qué fea se ponía la pobrecita cuando lloraba!

—¿Pero qué te pasa?

Casiana continuó poniendo el grito en el cielo. Y tanto y tanto lloró, que D. Dimas la oyó al cabo, antes de que Cándido pudiese averiguar la causa de aquellas lágrimas, y vino todo trémulo creyendo lo ménos que su hija se estaba muriendo.

Casiana no fué más explícita con su padre que con su primo, y no lograron otra cosa con sus preguntas, sino exacerbar el sentimiento de la desgraciada, que enronqueció á puros gritos y acabó por tener una *pataleta* nerviosa.

Llevarónla á la cama, y cuando cedió algo el ataque, D. Dimas, que se había puesto muy serio, y que miraba de un modo particular á su sobrino, hizo que este le siguiera y se encerró con él en su cuarto.

—¡Usted es un pillito!

Estas fueron las primeras palabras que le dirigió. Cándido al oír las se quedó más aturrido que estaba. Su tío le insultaba dándole tratamiento. La cosa no podía tener más visos de gravedad.

(Se continuará.)

La respetable persona que nos ha dirigido una carta creyéndose aludida en una de las charadas del número pasado, podrá convencerse, al leer en el de hoy la solución, que se ha equivocado de medio á medio. Por más que la charada viniera por el correo, nos hace poco favor esa persona al suponer que si la solución hubiera sido la que él creía, la hubiéramos publicado. Calma, señor, calma, y no precipitarse sin estar bien seguro.

LAS ECONOMÍAS RIDÍCULAS.

El Gobierno ha suprimido las indemnizaciones que se abonaban á los jueces de tribunales de oposiciones, *cuyos ejercicios suelen prolongarse demasiado*, frase textual, y deja concretadas dichas indemnizaciones á los días que los tribunales actúan.

Prescindiendo de que el juez de un tribunal no limita sin trabajo á la materialidad de presenciar la oposición, sino que necesita formar su juicio y estudiar detenidamente los ejercicios que ha presenciado para formar un juicio exacto y decidir en conciencia es indudable que la economía que resulte será bien insignificante. No se economizan los sueldos de los altos empleados. Se permite que un alto funcionario, en lugar de estar en las oficinas del Estado para servir á los particulares, se vaya al Congreso á pasar la tarde, y en cambio se economiza lo que corresponde á un ilustrado juez de oposiciones. La palabra *oposición* no le suena bien al Gobierno y la ataca donde quiera que la encuentra.

¡NO ME ATREVO!

Á MI QUERIDO AMIGO JOSÉ NAVARRETE.

Biblioteca de Comunicación
Enriqueta, mi vecina, es una polla divina, y tiene unos labios rojos y un cabello, y unos ojos, cuya vista me fascina. Yo al mirarla me conmuevo, por ella los vientos bebo, y mi amor la contaría; mas quiere que *hable* á su tío, y esto es grave, y no me atrevo.

CHARADAS.

No diré yo que mi *todo*,
aver demagogo estulto
y hoy diputado, ex-ministro
del partido *corriludo*,
hace *prima* con *tercera*
cuando pronuncia un discurso;
no lo diré porque ansío
usar un lenguaje culto;
pero lo que yo sí creo,
ó mejor dicho, aseguro
es, que si aprendió *segunda*
fue después de estudiar mucho.

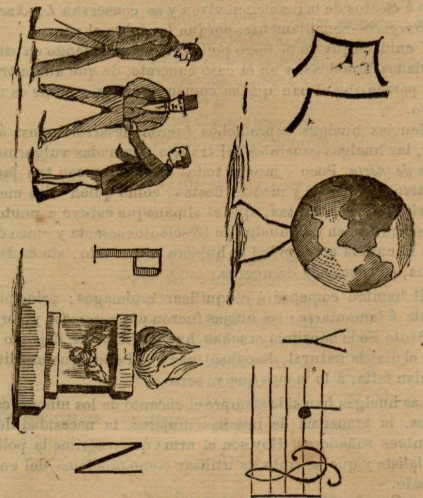
Es la primera vocal,
segunda verbo en pasado,
y al oír *tercia*, parado
se queda un irracional.
El *todo* abunda bastante,
tal vez favorece á alguno,
y aunque no importe á ninguno
se llama siempre importante.

Solucion á las charadas del número anterior.

1.ª—Suela.—2.ª—Manolo.—3.ª—Incapaz.—4.ª—Ramona.—
5.ª—Carrasco.

Acertadas por D. C. Caplin, D.ª R. Panner, D. F. Higuera,
dos empleados de Hacienda, D. C. Rozalem, D. R. Bernu-
dez, D. C. Dominguez, D. J. Navarro, D. P. Puchin, D. Rafael
Sierra y D. J. Langle.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solucion al gerooglífico del número anterior.

En el carro de los muertos,
que pasaron por aquí
llevaba una mano fuera,
por eso la conocí.

Acertado por D. César Rozalem, dos empleados de Hacia-
da, D. R. Bermudez, Monciel, D. J. Navarro, D. C. Caplin, do-
ña Rita Panner y D. Rafael Sierra.

¡OJO!

Quedan muy pocos ejemplares del
ALMANAQUE DEL GARBANZO
No se descuiden los coresponsales
en hacer sus pedidos, en los que ob-
tienen rebaja de un 25 por 0/0.

4 rs. en toda España.

Gratis á todo el que se suscriba
por un año.

ANUNCIOS.

Biblioteca económica de Instrucción y recreo.

AVENTURAS DE TRES RUSOS Y TRES INGLESES
por
JULIO VERNE.

Una nueva obra del autor de *Cinco semanas en globo*, no ne-
cesita recomendación. Su último libro es tan notable como
todos los suyos: Nuestros suscritores de provincias que deseen
conocerlo, pueden hacer los pedidos al *Administrador de EL*
GARBANZO, remitiendo al mismo tiempo 5 rs.

MADRID, 4872—Imprenta de Julian Peña,
calle del Olivar, 22.

—Dicen que aquel señor está en la cama.

—¡Caramba! ¿pues qué tiene?
¿Qué dicen los doctores?
—¡Nada! que son dolores
de esos que llaman de algodón en rama.

La caída de las hojas está haciendo de las suyas.
En las calles de la Corte menudean los *entierros*.
En las cárceles de la Villa los *enterramientos*.
Corta es la diferencia entre las palabras.
La de los hechos consiste en que en los unos se *echar* y en
los otros se *levantan* los muertos.

Publica *La Correspondencia* una carta en que el señor Nuñez
de Arce dedica su última obra á D. Práxedes.
Los españoles llaman á eso *arrimar el ascua á la sardina*.
Aquí podría decirse *arrimar El haz de leña* al rey de los ca-
lamares.

¡Y es probado!

Cojed el incensario
y entonan el «Hossana...»
por el triunfo del Banco Hipotecario.
Mas si acaso mañana
le dejan á un incauto sin paseses,
esos cueros franceses,
que no se entregue á un necio lloriqueo,
ni se juzgue en la cumbre del Calvario;
apriete bien la bolsa
y dígame á ese sátrapas... «Te veo,
señor de Hipotecario.»

Herrar ó quitar el banco, dice el refrán.
En España acaban de ponerle. ¿A quién pensarán herrar?
¡Ah! Zorrilla...

Dicen que la dolencia de aquel caballero presenta un ca-
rácter grave.
Pues mire Vd, que si...
¡Pasada sería!

Con que el señor Monasterio
de escribir acaba en serio
(pues no es hombre de chacota)
una balada hasta allí,
á la que titula:—«Si»
siendo *el sí* su única nota
¡por detrás y por delante...
¡Pues la mujer que la cante
que me la traigan á mí!

En Francia acaba de obtener el gran premio de escultura
un soldado del 89 Regimiento de línea.
¡Hombre dígame Vd. al Gobierno que le encarguen un busto
de Baldrich!

Dícese que el Hipo...tecario va á ocasionar numerosas víc-
timas.
Segun dictámen facultativo, todos los invadidos de esa nue-
va epidemia, morirán infaliblemente de *Sindineritis*.

Si lo del collar barruntas
no te vayas á pensar
que el susodicho collar
es de esos que llevan puntas.
Porque es de metales puros
con perlas y pedrería,
y cuesta en la platería
¡siete mil y tantos duros!

ULTIMA HORA.



El príncipe Hamlet.

Mira, chiquitín, hazme el favor de vengarme si tienes un
ratito de lugar.

Conozco yo á una Consuelo,
que es por más señas de Lugo,
y desde la planta al pelo
en ella, al Señor le plugo
copiar un ángel del cielo.
Yo la adoro con furor,
y entre sus lazos de amor
mi triste pecho se alegra;
mas por no verme con suegra
no me atrevo, no señor.

Rosa, la hechicera Rosa,
es la niña más hermosa
de las niñas de este suelo;
y tiene un pelo ¡qué pelo!
vamos, es una gran cosa.
Yo con ella coqueteo,
la acompaño en el paseo
y en su cariño me abraso;
pero quiero que *dé el paso*,
y yo la digo ¡te veo!

Matilde, con rostro humilde,
temiendo que alguien la tildé,
desde su reja me mira;
y es una cosa que admira
lo que me gusta Matilde.
Muy feliz pudiera ser
si me llegara á querer,
pues su amor en mucho estimo;
pero la acompaña el primo
y... no me llevo á atrever.

En fin, la contraria suerte
grava en mí su mano fuerte
de una manera tan dura,
que torna mi vida en muerte
y mi gozo en desventura.
Y en mi constante porfía
nunca del miedo me eximo
con que turban mi alegría
la suegra, el primo y la tía;
pero, sobre todo, ¡el primo!

CARLOS CANO.

Dumas (padre) escribió *El collar de la Reina*.
Dumas (hijo) quiere escribir ahora *El collar de Montero Rios*.
¿Verdad que este título no suena del todo bien?

Parece que una de las razones del disgusto que se nota en-
tre los maquinistas y fogueros de la línea de Alicante con-
siste en que hace tiempo se hallaban funcionando en los depó-
sitos de la línea algunos Bancos hipotecarios en miniatura.
¡Estos franceses!

¡Riff! se llama el ingeniero de tracción, y los obreros se ob-
stinan en no depender de tierra de moros.

Me han dicho, y el saberlo me da pena,
que para que se cure el reumatismo
le mandarán los médicos... á Archena.
¡Jesús, qué cataclismo!

SANTO DEL DIA.

San Banco y los muchos mártires que hará.

Señalamientos para este año.
Deuda pública... ¡La mar!—No se paga un céntimo.
Caja de Depósitos.....—Vacía.—Se recibe á cualquier ho-
ra... ¡ojó!

Por fin el general Baldrich abandona el teatro de sus glorias.
¡Qué lástima!
Parece que el Gobierno le prepara una entrada triunfal al
estilo romano.

Dícese que la comitiva será magnífica.
Nosotros la dispondríamos así:
Pendones por delante.
Los retratos del Gran Capitan, Hernan-Cortés, Castaños,
Espartero, etc.
Don Nicolás coronado de pámpanos y con un cirio en la mano
en señal de regocijo, é iluminación.
Montero Rios con la ley del Jurado bajo el brazo, y cantando
«larán, larán...» ¡que no se olviden de ponerle el collar!

Ruiz Gomez haciendo equilibrios sobre los cuatro pies del
banco de ahora.
El general Hidalgo rodeado de una muchedumbre de artille-
ros que le aclaman con entusiasmo, dando tambien frecuentes
vivas al héroe de la fiesta.
Córdova de americana y sombrero jipi-japa.
Una comision de contribuyentes llevándole de regalo un pre-
cioso ejemplar del poema *Los Perfumes de Barcelona*.
Detrás el carro triunfal, que podría ser cualquiera de los de
la antigua empresa de Sabatini.
Charangas, faroles, lemas alusivos, más pendones á la
cola, etc., etc.
En cuanto á quién debería tirar del carro... Vds. mismos
lo dirán.